

COLOQUIO sobre música de jazz

Por Juan G. Basté

Por lo visto, el éxito de un coloquio depende, en parte, de las tonterías que en él se digan. El coloquio sobre música de jazz que se celebró días atrás en la Cúpula del Coliseum, debió constituir un serio fracaso, ya que los ánimos no se caldearon y los coloquiantes pudieron verter sus opiniones como si hablaran en el estrado de una cátedra.

Pensemos en ello. Si pudieron hablar sosegadamente, constructivamente ¿no sería porque el público se interesaba por sus opiniones? No todo consiste en formular preguntas indiscretas. Es, a veces, muy útil aprender. Si alguno de los oradores era un erudito en materia de jazz, procuró disimularlo y dar la sensación al público de que ante los asistentes se estaba construyendo una teoría formal y solvente de este tipo de música, teoría en cuya génesis intervinieron personas de actividades muy distintas: la Sra. Ana María Matute, novelista; el Dr. Obiols, psiquiatra; D. Néstor Luján, periodista; los pintores D. Ramón Rogent y D. J. J. Tharrats; D. Ricardo Terré, fotógrafo; D. José Subirachs, escultor, y el poeta D. Juan Perucho que, aunque ausente, mandó por escrito sus opiniones.

El que firma estas líneas estuvo encargado de encauzar y presidir el acto, tarea que resultó sumamente fácil por cuanto, al revés de lo que cabía esperar en tema tan efervescente, «la sangre no llegó al río». No cabe, en tan poco espacio como el que disponemos, hacer inventario de cada una de las opiniones vertidas a lo largo de la sesión. Pero sí formular una idea general que, abarcando las sugerencias e hipótesis más aguzadas que se vertieron, nos permita establecer un saldo favorable para esta sesión.

Uno de los puntos más debatidos fue el tan traído y llevado de la agitación paroxística a que llegan a veces algunos auditores de música de jazz. El Dr. Obiols, no sólo nos tranquilizó, sino que bosquejó los elementos suficientes para emparentar este tipo de manifestaciones con otras que gozan de profundo arraigo en el alma del hombre, desde la más remota antigüedad. Sin entrar en prolijos detalles, el



Componentes del coloquio

oyente imparcial pudo llegar a la conclusión de que el jazz era un tipo de música que, por sus especiales características rítmicas, movía en la psique del hombre determinados resortes de existencia cierta, pero de textura ignorada; al entrar en función estos resortes desencadenaban un climax, en el que no intervenía la conciencia, capaz de producir en el sujeto a ello sometido un placer análogo al de determinados trances emotivos que aún están por explicar, como el de la poesía, el de otros tipos de música, el desencadenado por el uso de ciertas drogas, etc. Este punto de vista, que yo había defendido en anteriores circunstancias, viose sancionado a lo largo del coloquio por la opinión de personas cuya probidad no podía ponerse en duda. Naturalmente, el jazz y la mística no son una misma cosa. Pero que en el jazz hay una parte de misterio considerable que aún está por desbrozar, eso es cierto.

Personalmente, nos satisface que el coloquio marchara por tales derroteros. No está nuestro país tan sobrado de espíritus formativos como para—dada la calidad de los asistentes—perder de nuevo unas horas discutiendo entre New Orleans y West Coast o analizando los ingresos de Count Basie o los cigarrillos que fuma Hampton. ¿Una prueba de la formalidad de la reunión? Alguien del público deseó explicar lo que era la música de jazz y, la verdad, lo hizo con tanto desacierto que en otras circunstancias hubiese levantado una tempestad de iras mal contenidas. El público, comedido, dejó que acabara de exponer su punto de vista y se hizo el silencio. Todos deseábamos seguir escuchando a los Subirachs, Luján, Obiols, que tenazmente, con mucha inteligencia, nos ayudaban a descorrer un poco ese tremendo velo que siempre se levanta entre el fondo del arte y el fondo del hombre.